

Pablo : cuya circunstancia la había decidido á ponerle su nombre, y darle por patrono un santo que pasó su vida apartado del mundo y lejos de los hombres, los cuales después de haberle seducido, pérfidamente le abandonaron. Virginia al recibir aquella efigie de mano de Pablo, le prometió no quitársela del cuello mientras viviera, ni olvidar que Pablo le había dado la única prenda que poseía sobre la tierra.



### CAPÍTULO III.

En este intermedio instaba Margarita á madama de La Tour á que trataran de casar á sus hijos, en atención á la pasión con que se miraban, y á la edad que ya tenían proporcionada para el efecto, evitando de esta manera los riesgos comunes á que estaban expuestos. Pero madama de La Tour la respondió :

« Todavía son demasiado jóvenes y pobres  
 » para eso. ¡ Qué sentimiento no ten-  
 » dríamos en ver á Virginia cargada de  
 » hijos, que tal vez no podría criar por  
 » falta de fuerzas ! Vuestro negro  
 » Domingo ya está bastante cascado, y  
 » María enferma : por otra parte, amiga  
 » mía, yo me siento muy débil y dete-  
 » riorada, al cabo de quince años que  
 » vivo en un clima ardiente como éste,

» donde se envejece más pronto que en  
 » los fríos, y mucho más con los  
 » quebrantos y pesares. Pablo es nuestra  
 » única esperanza, y debemos aguardar  
 » por lo mismo á que medre y adquiera  
 » el vigor necesario para que sea capaz  
 » de sostener nuestra vejez. En el día  
 » bien sabéis que sólo tenemos lo nece-  
 » sario para vivir : dentro de poco  
 » dispondremos que Pablo pase á las  
 » Indias por cierto tiempo, donde  
 » adquiera con el comercio la suficiente  
 » cantidad de dinero para comprar un  
 » esclavo ; y á la vuelta le casaremos  
 » con Virginia, pues considero que es el  
 » único hombre que puede hacer feliz á  
 » mi amada hija. Mas esto lo consulta-  
 » remos después con nuestro vecino. »

En efecto, habiéndolo hecho ellas así, fuí de su mismo dictamen, y les dije que los mares de la India eran muy bonancibles, particularmente sabiendo elegir la estación proporcionada para el

embarco, en cuya navegación se tardaba seis semanas, cuando más, á la ida, y casi lo mismo á la vuelta : que yo buscaría persona que habilitase á Pablo, pues era estimado de cuantos le conocían ; y que aun cuando no le diésemos más que algodón en rama, del cual no se hace en esta isla ningún uso por falta de máquinas para limpiarle ; palo de ébano, tan común aquí que se usa para la lumbré, y algunas resinas que se pierden en nuestros bosques ; todo esto lo vendería en las Indias á un precio más que moderado. Me encargué al mismo tiempo de pedir á M. de La Bourdonnais el pasaporte para el viaje, y antes de todo quise tratar con Pablo este pensamiento.

Pero me quedé absorto de admiración cuando este joven me dijo, con una madurez muy superior á sus años : « ¿ Por  
 » qué queréis que yo deje á mi familia,  
 » por no sé qué proyecto de fortuna ?  
 » ¿ Hay por ventura en el mundo un

» comercio más lucrativo que el cultivo  
 » de la tierra que da cincuenta, y aun  
 » ciento por uno? Si queremos comerciar  
 » ¿no podremos hacerlo llevando á  
 » vender á Puerto-Luis lo que nos so-  
 » bre, sin necesidad de que yo vaya á  
 » correr las Indias? Nuestras madres  
 » dicen que Domingo está viejo y cas-  
 » cado, pero yo soy muchacho, y cada  
 » día me siento más robusto. ¿Y si  
 » durante mi ausencia les sucediese  
 » alguna desgracia, particularmente á  
 » Virginia, que de algún tiempo á esta  
 » parte anda tan triste y desazonada?  
 » ¡Ah! eso no: no lo penséis; ¡es  
 » imposible que me resuelva á ausen-  
 » tarme de su vista! »

Esta respuesta de Pablo me puso en la mayor perplejidad, porque madama de La Tour no me había ocultado la situación de Virginia y sus deseos de ganar algunos años más sobre los que ellos tenían, separando al uno del otro;

cuyos motivos no me atrevía yo á descubrir á Pablo, ni era conveniente que aun los llegara á sospechar.

En estas circunstancias, recibió madama de La Tour una carta de su tía, por una embarcación que acababa de llegar de Francia. El temor de la muerte, sin el cual serían siempre insensibles los corazones duros, se había apoderado del de aquella vieja; de resultas de haber salido de una grave enfermedad, la cual, degenerando en extenuación, se hacía incurable por lo avanzado de su edad. El objeto de su carta se reducía en substancia á decir á su sobrina: « Que se  
 » volviese á Francia, ó que, en el caso  
 » de no permitirle su salud emprender  
 » un viaje tan dilatado, le enviara á  
 » Virginia, á quien pensaba dar una  
 » buena educación y destino decente  
 » en la corte, con la posesión de todos  
 » sus bienes; y aun añadía, que en el  
 » cumplimiento de aquellas sus órde-

» nes, consistía la continuación de sus  
» favores. »

No bien había acabado de leer madama de La Tour la referida carta á la familia, cuando todos se quedaron suspensos y en la mayor consternación. Domingo y María comenzaron á llorar : Pablo, inmóvil sin saber lo que le pasaba, parecía como dispuesto á enfurecerse : Virginia, con los ojos fijos en su madre, no se atrevía á proferir una palabra. En este estado, dijo Margarita á madama de La Tour : « ¡ Será posible que nos » dejéis al cabo de tantos años ! »

« No, amiga mía, no, hijos míos,  
» exclamó madama de La Tour, no os  
» abandonaré jamás. Yo he vivido con  
» vosotros y con vosotros quiero morir,  
» porque no he conocido la dicha sino  
» en vuestra compañía. Si mi salud está  
» deteriorada, tienen la culpa de ello  
» los antiguos disgustos. La crueldad  
» de mis parientes y la pérdida de mi

» amado esposo, me penetraron hasta  
» lo más íntimo del alma ; pero después,  
» acá he experimentado más satisfacción  
» y consuelo con vosotros, debajo de  
» estas humildes chozas, que cuantos  
» bienes y felicidades pudieran, ni pue-  
» den prometerme en mi patria las  
» riquezas de mi familia. »

Acabando de decir estas palabras empezaron todos á verter lágrimas de gozo. Pablo arrojándose en los brazos de madama de La Tour, la decía : « No » me separaré jamás de vos, ni iré á » las Indias; todos trabajaremos aquí » para vos, amada mamá, y nada os » faltará en nuestra compañía. » Pero la que manifestó menos alegría que los demás, sin embargo de que era la que la había sentido más viva, fué Virginia, la cual se conservó lo restante del día con la misma serenidad, colmándose con esto la satisfacción de todos.

Á la mañana siguiente, al salir el sol,

acabando de encomendarse á Dios en comunidad, antes de ponerse á almorzar, según lo tenían de costumbre, les avisó Domingo que un señor de á caballo, seguido de dos esclavos, se acercaba á la posesión. En efecto, el tal caballero era M. de La Bourdonnais, el cual habiéndose entrado de improviso en la cabaña, encontró á toda la familia almorzando alrededor de una mesa, donde Virginia acababa de servir café, arroz cocido en agua, batatas asadas y bananas frescas. La única vajilla de que se servían eran cascós de calabaza, y por mantel hojas de banano.

Manifestó el gobernador por el pronto su sorpresa, viendo la pobreza de aquella familia, y dirigiéndose después á madama de La Tour, la insinuó que los negocios generales de su empleo le habían estorbado algunas veces de pensar en los particulares; pero que ella era acreedora á toda su atención. « Vos tenéis, madama,

» añadió, á una tía muy rica y distinguida en París, que os deja por heredera de todos sus bienes, y os espera cuanto antes á su lado. »

Contestóle madama de La Tour, que su salud achacosa no le permitía emprender un viaje tan expuesto como largo.

« Pero á lo menos, replicó el gobernador, no podréis privar, sin injusticia, de una herencia tan crecida, á una hija tan joven y amable como os ha concedido el cielo. Yo no debo ocultaros que vuestra tía se ha valido de la autoridad para llevársela, y que á este fin me escribe use de todas mis facultades en caso necesario. Mas como yo no las ejerzo sino para hacer felices á los habitantes de esta isla, espero de vuestra voluntad sola un sacrificio de algunos años, del cual dependen el establecimiento de vuestra hija, y vuestro bienestar para toda la vida. ¿ Á qué se viene á las islas? ¿ no es

» para enriquecerse en ellas? Pues ¿no  
 » será mejor y mucho más gustoso el ir  
 » á encontrarlas en su patria?» Diciendo  
 estas palabras, y mandando á uno de sus  
 negros dejar sobre la mesa un gran talego  
 de pesos que llevaba, añadió: « Aquí  
 » tenéis ese dinero que vuestra tía ha  
 » destinado para los preparativos del  
 » viaje de la chica. »

Después comenzó á reconvenir con  
 cortesanía y atención á madama de La  
 Tour, porque no había recurrido á él en  
 sus necesidades; aunque elogiando al  
 mismo tiempo su valor noble y constante.

Tomó á esto Pablo la palabra, y dijo  
 á M. de La Bourdonnais: « Señor gober-  
 » nador, mi mamá ha recurrido á vos,  
 » y la habéis recibido mal. »

« ¿Tenéis á otro hijo? preguntó  
 » prontamente el gobernador á madama  
 » de La Tour. »

« No, señor, contestó ella; éste es el  
 » hijo de mi amiga Margarita, y á él y

» á Virginia los amamos igualmente, y  
 » son para nosotras hijos comunes. »  
 « Niño, dijo el gobernador, encarán-  
 » dose con Pablo, cuando llegues á tener  
 » experiencia del mundo, conocerás la  
 » desgracia de los que mandan, y la  
 » facilidad con que son engañados, dando  
 » al vicio intrigante é impudente, lo que  
 » sólo pertenece al mérito que se  
 » oculta. »

Convidó entonces madama de La Tour  
 á M. de La Bourdonnais á almorzar, cuyo  
 convite aceptó el gobernador sentándose  
 á su lado, y tomando café mezclado con  
 arroz cocido en agua, á la manera de los  
 criollos. El cual quedó tan encantado del  
 orden y aseo de la cabaña, de la unión  
 edificante de las dos familias, y hasta  
 del celo de sus ancianos criados, que  
 dijo: « Aquí no hay sino muebles de  
 » madera, pero se ven rostros serenos,  
 » y corazones de oro. »

Pablo prendado de la popularidad y

llaneza del gobernador, le dijo que deseaba ser su amigo, porque era hombre de bien ; y M. de La Bourdonnais recibiendo con gusto aquella señal de sinceridad isleña, le dió un abrazo, y apretándole la mano, le aseguró que podía contar con su amistad.

Acabado el almuerzo, llamó á parte á madama de La Tour, y la dijo que había ocasión en el día de enviar á su hija á Francia en un navío que estaba pronto á hacerse á la vela : que la recomendaría á una parienta suya, que iba de pasajera en el mismo buque ; y que no era cosa de abandonar una herencia inmensa por una satisfacción de algunos años.

« Vuestra tía, añadió al tiempo de partir,  
 » no podrá vivir más de dos años, según  
 » me escriben sus amigos ; miradlo bien,  
 » y consultadlo allá para con vos, pues  
 » no todos los días se muestra risueña  
 » la fortuna. No habrá persona de juicio  
 » que no piense como yo. »

Madama de La Tour respondió, « Que  
 » no deseando en este mundo más felicidad que la de su hija, dejaría absolutamente al arbitrio del señor gobernador » su partida para Francia. »

Como á madama de La Tour no le disgustaba encontrar ocasión de separar por algún tiempo á Pablo y Virginia, para proporcionarles en lo sucesivo su felicidad mutua, llamó á parte á su hija de allí á pocos días, y la habló en estos términos :

« Hija mía, ya ves que nuestros  
 » criados son ancianos, que Pablo es  
 » muy joven, que su madre va siendo  
 » vieja, y que yo estoy muy achacosa  
 » de males, ¿ qué sería de ti entre estas  
 » breñas, si yo llegase á morir ?  
 » ¿ Podrías resistir sola y sin ninguna  
 » otra persona que te ayudase, viéndote  
 » precisada á trabajar continuamente la  
 » tierra como una mujer mercenaria,  
 » para ganar el sustento diario ? ¡ Ah !

» ¡ esta reflexión, Virginia mía, me  
» traspasa las entrañas de dolor ! »

Al oír esto Virginia le replicó : « Dios  
» nos ha condenado á todos al trabajo,  
» y vos, madre mía, me habéis enseñado  
» á trabajar, y á bendecirle cada día.  
» Hasta aquí no nos ha abandonado, ni  
» nos abandonará en adelante, pues su  
» providencia vela particularmente sobre  
» los infelices, según millares de veces  
» me lo habéis insinuado. ¡ No es posi-  
» ble que yo me determine á dejaros ! »

Madama de La Tour, conmovida con  
semejantes razones, la contestó sin de-  
tenerse : « No creas, hija mía, sea otro  
» mi intento que hacerte feliz, y casarte  
» algún día con Pablo, que no es her-  
» mano tuyo : considera ahora que tienes  
» en tu mano su felicidad y la tuya. »

Con semejante confianza de una madre  
amorosa y compasiva, no tuvo dificultad  
Virginia en abrirle de par en par su  
corazón, declarándole sin disfraz ni

rebozo, la inclinación hasta entonces  
secreta de su alma ; y viendo que su  
madre la aprobaba y dirigía á un fin  
honesto con sus consejos, la ofreció  
nuevamente no apartarse jamás de su



lado, y vivir en su compañía sin agita-  
ción en cuanto á lo presente, ni temor  
respecto de lo futuro.

Viendo madama de La Tour que su  
confianza había producido un efecto con-



trario al que ella se esperaba, aseguróla que no quería violentar su inclinación, sino que deliberara maduramente y á su salvo; pero la encargó que ocultase siempre su amor á Pablo, porque, como ella decía, « cuando el corazón de una » doncella está cautivo, ya no le queda » al amante otro sacrificio que exigir » de ella. »

Á este tiempo se dejó entrar por la puerta el confesor de madama de La Tour, enviado por el gobernador para acabar de persuadirla y hacerle fuerza con sus razones, las cuales se redujeron á que era forzoso someterse á las órdenes de la providencia que tenía dispuesto hacer feliz á Virginia por aquel camino; y que supuesto que madama de La Tour no podía emprender el viaje por el mal estado de su salud, debía hacerlo sin más dilación su hija Virginia, á fin de complacer á su tía y mejorar al mismo tiempo su propia suerte.

Habiendo oído semejantes razones la obediente Virginia, bajó los ojos, y con voz desmayada y trémula respondió al confesor: « Si así lo dispone el cielo, á » nada me opongo: hágase la voluntad » del Señor, añadió, exhalando un » profundísimo suspiro. »

En aquel estado, me envió á decir madama de La Tour con Domingo, la hiciese el favor de pasar á su cabaña, pues tenía que consultarme acerca del viaje de Virginia. En efecto, habiendo tratado los dos el asunto, fuí de opinión que no emprendiera semejante viaje. Porque habéis de saber que yo tengo por un principio cierto de la felicidad humana, que son preferibles los bienes de naturaleza á los de fortuna, y que no debemos ir á buscar lejos de nosotros lo que tenemos dentro de nosotros mismos; y esta máxima la extiendo yo á todas las cosas de este mundo, sin excepción ni diferencia,

Pero ¿qué eficacia podían tener mis consejos contra las fundadas esperanzas de una fortuna tan brillante y halagüeña? Consiguientemente madama de La Tour sólo me consultó por puro cumplimiento, y ya no fué más dueña de deliberar por sí, desde el instante que oyó el dictamen de los dos personajes que acabo de nombraros.

La misma Margarita, quien, á pesar de las felicidades que esperaba para su hijo de la fortuna de Virginia, se había opuesto muy seriamente á su partida, dejó de insistir sobre ello. Pablo, ignorando el partido que sus madres tomarían, estaba admirado de las conversaciones secretas de madama de La Tour con su hija; y entregado á los impulsos de la tristeza, decía: « Algo se trama contra mí, cuando tanto se recatan de que yo las oiga. »

Al punto se extendió la voz por toda la isla de que la fortuna había visitado

estas breñas, treparon á ellas mercaderes de todos géneros, que desplegaron delante de estas miserables chozas las estofas más preciosas de la India; magníficas cotonías de Goudelour, pañuelos de Paliacate y Mazulipatán, muselinas de Dacca, bordadas, lisas, rayadas y transparentes como la luz, camisas de Surat muy blancas, indianas de todos colores y las más raras, de fondo obscuro con ramos verdes, magníficas telas de seda de China, en suma, todas las producciones más exquisitas del arte, que el lujo y la industria han inventado en las cuatro partes del mundo.

Quiso madama de La Tour que Virginia comprase á su arbitrio lo que más le agradara, y sólo se encargó ella de que no la engañasen en el precio ni en la calidad del género. En efecto, Virginia comenzó á elegir todo aquello que le parecía era del gusto de su madre, de Margarita y de su hijo, destinándolo todo

para ellos, y nada para sí, y diciendo siempre: « Esto es muy bueno para » muebles, aquello para el uso de María » y de Domingo. » Por manera que ya se había empleado todo el talego de pesos, y nada había comprado de lo que necesitaba para sí, habiendo sido preciso sacar la parte que á ella le tocaba de los regalos distribuidos entre los de casa.

Pablo penetrado de dolor al ver aquellos dones de la fortuna que le presagiaban la partida de Virginia, se presentó de allí á pocos días en mi casa, y me dijo con tono desmayado y lastimero: « Mi hermana sin duda va á partir, pues » la veo hacer los preparativos para el » viaje. Ruégoos paséis á nuestra posesión, y empleéis todo el ascendiente » que tenéis sobre el ánimo de su madre » y de la mía, para que no se vaya. » Movido yo de las instancias del pobre muchacho, me presté al punto á sus deseos, aunque bien persuadido de que

todas mis representaciones serían completamente inútiles y desaprobadas.

Os confieso que si Virginia me había encantado hasta entonces con el vestido de algodón azul de Bengala, y el pañuelo encarnado alrededor de la cabeza, me pareció mucho más hechicera cuando la vi engalanada al modo de las damas de este país. Llevaba un vestido de muselina blanca, forrado de tafetán color de rosa, y sus rubios cabellos trenzados en dos órdenes á la espalda, hacían la más perfecta armonía con su virginal cabeza. Sus hermosos ojos azules rebosaban melancolía, y su corazón agitado de una pasión reprimida, comunicaba á su rostro un color animado, y á su voz dulces y penetrantes sonidos. Hasta el contraste de su vistosa gala, que ella llevaba contra todo su gusto, hacía tan interesante su languidez y desmayamiento, que nadie podía verla ni oirla sin que se sintiera enternecido y encantado.

Acrecentóse con esto la tristeza de Pablo, y afligida cada vez más Margarita de ver la situación de su hijo, determinó, por último remedio, descubrirle el secreto que hasta entonces le había ocultado. Llamóle, pues, á parte un día, y le dijo :

« ¿ Á qué fin, hijo mío, alimentarte  
 » por más tiempo de vanas esperanzas,  
 » que no habiendo de realizarse nunca,  
 » te serán después tanto más amargas ?  
 » Ya ha llegado el tiempo de que te  
 » revele el arcano de tu vida y de la mía.  
 » Virginia es parienta, por parte de  
 » madre, de una señora rica y de alto  
 » linaje ; y tú no eres más que el hijo  
 » de una pobre aldeana, á quien el amor  
 » hizo cometer una flaqueza, de que tú  
 » has sido triste fruto, privándote mi  
 » culpa, ¡ fatal memoria ! de tu familia  
 » paterna, y mi arrepentimiento de la  
 » materna. ¡ Ay infeliz ! por mi desven-  
 » tura y la tuya, no tienes más parientes  
 » que yo en este mundo. » Y al llegar

aquí comenzó á derramar copiosas lágrimas.

Pablo abrazando estrechamente á su madre, procuraba consolarla diciéndola que no llorase, y que pues no tenía más parientes que ella en este mundo, por lo mismo la amaría mucho más en adelante. « Pero ¡ qué secreto, añadió, el que  
 » acabáis de revelarme ! Ahora entiendo  
 » por qué hace dos meses que Virginia  
 » anda huyendo de mí, y en el día está  
 » resuelta á dejarme. ¡ Ah sin duda me  
 » desprecia la ingrata ! »

Llegó entretanto la hora de cenar, y agitados todos de pasiones diferentes, comieron poco, y no hablaron palabra durante la cena. Virginia fué la primera que se levantó de la mesa y se encaminó á este mismo sitio en que estamos, donde se sentó. Siguióla Pablo prontamente y fué á sentarse junto á ella, guardando uno y otro un profundo silencio por largo rato.

Era esto en una de aquellas deliciosas noches, tan comunes entre los trópicos, cuya belleza no es dado retratar al pincel más diestro y amaestrado. La Luna parecía que ocupaba el centro del firmamento, rodeada de nubes y celajes que sus rayos iban disipando por grados, dejándose caer insensiblemente su luz sobre los picos de los montes de la isla, que brillaban con un verde plateado. Los vientos retenían su aliento; y solamente se oían en los bósques, en el hondo de los valles, y en las puntas de los peñascos, las piadas y el dulce murmurar de las avecillas, que, regocijadas con la claridad de la noche y la apacibilidad del aire, se arrullaban en sus nidos ó nocturnas moradas. Todos, hasta los insectos, susurraban debajo de la hierba. Las estrellas centelleaban en el cielo y reverberaban en el hondo del mar, el cual reflejaba sus imágenes tremulantes.

Recorría Virginia con ojos distraídos

todo el horizonte cuando avistó, á la entrada del puerto, una luz y una sombra, que eran el fanal y el casco del navío en que había de embarcarse para Europa; y que dispuesto á hacerse á la vela se mantenía al ancla, hasta que cesaran las calmas. Á vista de esto se le conmovieron las entrañas, y volvió la cabeza á otro lado, porque no la viera llorar Pablo.

Madama de La Tour, Margarita y yo, nos habíamos sentado á pocos pasos de ellos, debajo de los bananos; y con el silencio de la noche, oímos tan claramente su conversación, que desde entonces nunca la he olvidado.

« He oído, Virginia, comenzó Pablo, » que te vas dentro de tres días; ¿ no » temes exponerte á los riesgos de la » mar... de la mar que tanto horror te » causa? »

« Es forzoso, respondió ella, que obedezca á mi madre, y cumpla con lo que le debo. »

« Pero ¿ será posible que nos dejes,  
 » replicó Pablo, por una parienta, á  
 » quien no has visto jamás? »

« ¡ Ay de mí! exclamó Virginia, yo  
 » quería quedarme aquí toda mi vida,  
 » pero mi madre no lo ha tenido á bien.  
 » Por otra parte, me ha dicho mi con-  
 » fesor, que es voluntad de Dios el que  
 » yo parta, y que la vida no es más que  
 » una continua prueba... ¡ Ah, sin duda  
 » que es una prueba muy dolorosa! »

« Qué, repuso Pablo, ¡ hallas tantas  
 » razones para partir, y ninguna para  
 » quedarte! ¡ Ah! otra hay que me  
 » reservas: el atractivo de las riquezas  
 » es lo que te mueve. No dudo que  
 » lograrás en Francia un himeneo co-  
 » rrespondiente á tu nacimiento, y con  
 » todas las demás circunstancias que yo  
 » no puedo ofrecerte; pero ¿ adónde irás  
 » tú que seas más feliz? ¿ á cuál aporta-  
 » rás que te sea más amada que la tierra  
 » en que has nacido? ¿ dónde encontrarás

» gentes más amables que las que aquí te  
 » idolatran? ¿ cómo podrás vivir sin las  
 » caricias de tu madre, á que estás tan  
 » acostumbrada? ¿ qué será de la pobre  
 » vieja, cuando no te vea á su lado, ni  
 » en la mesa, ni en casa, ni en el paseo  
 » donde iba, apoyada siempre en tu bra-  
 » zo? ¿ y qué será de la mía, que te ama  
 » tanto como ella? ¿ qué les diré yo  
 » cuando las vea llorar por tu ausencia?  
 » ¡ Ah, cruel! no quiero hablarte de mí:  
 » pero ¿ qué haré cuando yo no te vea á  
 » la mañana, ni en la noche en nuestra  
 » compañía? ¡ Ay Virginia! permíteme  
 » á lo menos partir contigo en el mismo  
 » navío, ya que buscas una nueva suerte  
 » en un país extranjero para ti, y otros  
 » bienes que los que te produce mi tra-  
 » bajo, á lo menos te animaré en las  
 » borrascas que temes tanto, y te conso-  
 » laré en medio de las desgracias; y  
 » cuando yo te vea en Francia servida  
 » y adorada de todo el mundo, te haré